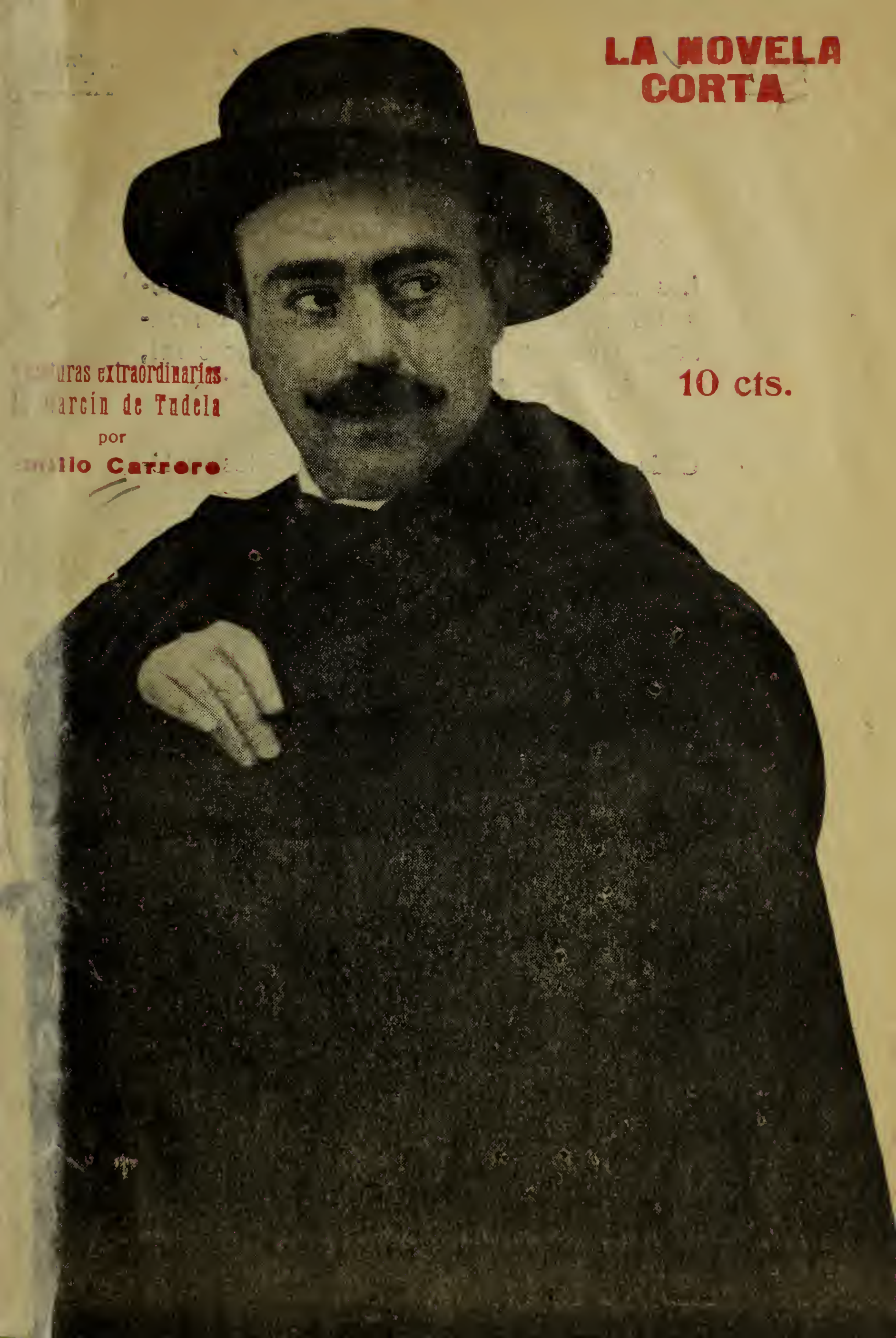
Carrero

Aventuras Extraordinarias de Garcín de Tudela


LA NOVELA CORTA
uras extraordinarias
arcín de Tudela
por
ilo Carrere
10 cts.

Año IV N.º 199

LA NOVELA CORTA

Madrid 25 Oct. 1919

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

¡ACONTECIMIENTO LITERARIO!

Publicación única y sin precedente en el mundo

Los mejores capítulos del QUIJOTE seleccionados expresamente por el eminente cervantista, Director de la Biblioteca Nacional,

F. Rodríguez Marín

(De la Real Academia Española)

Cada capítulo va precedido de juicios autógrafos escritos expresamente para

LA NOVELA CORTA

por nuestros escritores más esclarecidos según el siguiente sumario:

Este grandioso Número Especial del QUIJOTE con **juicios autógrafos de las primeras firmas españolas** constituye una verdadera joya bibliográfica, y con él LA NOVELA CORTA rinde un tributo nacional al genio de Cervantes y a la cultura de las VEINTE NACIONES del habla castellana.

APARECERÁ EL 8 DE NOVIEMBRE

Aventuras extraordinarias de Garcín de Tudela

NOVELA INÉDITA

PNR

EMILIO CARRERE

«AL GRAN SALDO MACABRO»

Cuando el bravo Garcín de Tudela, el luchador, abrió los ojos, su cofrade de ɔsurdas andanzas, Gonzalo Rojas, el poeta hampón y moribundo, ocupaba su :tividad en poner suelas a sus zapatos desvencijados. Al verle, Garcín tuvo un ɾranque de indignación.

—¿Qué haces, criminal? ¡Estás estropeando mi diccionario.

Efectivamente, el poeta había arrancado las tapas del Larousse y, recortando cartón, trataba de adaptarlo a las hechuras de sus venerables chapines, de tal ɪisa que cubriese los boquetes producidos por su pintoresca y cotidiana profe- ɪón de busconcillo y trotacallejas.

Pero Rojas no parecía satisfecho del resultado de su tarea.

—No cabe duda; el mejor cartón para los zapatos es el del Anuario Bailly-Baillière. Es el editor más serio.

Entre los denodados paladines que llegan diariamente de los rincones provin- ianos a la conquista de Madrid, sin duda alguna, el más intrépido, el más soña- tor y el más melenudo ha sido el bravo Garcín de Tudela, el luchador.

Su padre era el propietario de un pingüe figón en una capital norteña y, a esar de sus esfuerzos, no consiguió encauzar las aptitudes del mozo hacia el uy alto, exquisito y nunca bien ponderado arte de la culinaria. Garcín de Tude- a había salido poeta y despreciaba olímpicamente el suculento menester de su rogenitor; ya sabéis que Tristán de Kamenberg ha dicho que los poetas son la ntítesis de la buena alimentación.

La monotonía de su provincia, los fuertes y crasos aromas del hogar paterno an entristeciendo cruelmente su espíritu, enfermo de esa exquisita y monstruo- pasión de la literatura, y alucinado por el espejismo de la corte, sólo soñaba una loca expedición a la casualidad que le permitiese ver de cerca a los gran- s maestros, recitar sus versos en los cenáculos de pipas y melenas e ir de ter- ılia a las redacciones. Pero, sobre todo, lo que más le seducía era hallar un am- iente propicio para la lucha, para la heroica y tartarinesca lucha por el brillo del ombre y del alucinante laurel. Y una buena mañana, mientras todos dormían en l figón, Garcín tomó el tren para la corte, acompañado de una maleta llena de ıbros, algunas camisas y un volumen de poesías inéditas que él pensaba titular «Mariposuelas», y que eran el único sostén de su vivir futuro y de su vanidad. Respecto a la nutrición, no había pensado nada serio, y así fueron sus huesos demolidos de calle en plazuela y de figón en zahurda por los esquinazos doloro- ɔs de la bohemia cortesana.

Era alto y bien configurado, a pesar de la petulante extravagancia de su indu-

---

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista son consideradas como tales bajo la exclu- ɜiva responsabilidad de sus autores.

mento. El sombrerillo de fieltro se abollaba sobre la rizosa y negra melena merovingia; sus ojos negros y audaces, parecían siempre alucinados, y el bigote incipiente se corría sobre la boca gruesa y sensual. Sus botas, sus calzones y su chalina eran como vetustas reliquias. Pero por la prenda que él sentía una rara ternura era por un gabancillo color de aceituna, con cuello y bocamangas de astrakán, y que podía decirse que había sido fiel compañero de su juventud. A la sazón, era una venerable ruina, y Garcín sentía el alma traspasada cuando pensaba que en breve habría de desecharlo, porque las vecindonas y los bigrados hacían vaya de él y de su harapo glorioso.

El poeta del gabán color de aceituna hablaba con un dejo atiplado, altanero y despectivo. Miraba a sus contemporáneos como desde una nube, y cuando alguien inquiría noticias de sus propósitos en esta noble villa milagrera y hambrona, Garcín contestaba con la fiera gallardía de un caballero de la Santa Cruzada:

—Yo he venido a Madrid a luchar, ¿sabe usted? Porque yo soy un luchador.

Y, en efecto, sostuvo luchas homéricas con la patrona, con el sereno, con los camareros de café [illegible]

Su cofrade, Gonzalo Rojas, el poeta espectral, era un superviviente de sí mismo. Después de las hambres y de los fríos de la invernada, cuando se arrastraba moribundo por los quicios y sus camaradas le despedian todas las noches diciendo:—Hasta mañana, amigo Rojas, en el Depósito de cadáveres, ¿eh?—tras aquellas horas errantes y vacías y miserables, el poeta desapareció y todos supusieron que el trashumante había tomado definitivo alojamiento en alguna Sacramental.

Pero Rojas volvió a aparecer al cabo de una temporada en arreos y talante de audaz conquistador de la Puerta del Sol.

Tocaba su amarilla cabeza de difunto con una especie de birretillo azul, del que descendía lacia la melena bizantina, de un rubio desvaído. Los ojos azulencos tenían una dulzura opaca de melancolía y de resignación. Su figura escuálida, larga y enfermiza, tenía los cueros tundidos en su chocar cotidiano por las encrucijadas de la mala vida; pero, a pesar de su guisa de extremo apocamiento, de su aire de vencido, de débil, Gonzalo poseía un alma ardiente y visionaria, una honda fé en su ideal y sufría los azares de su horrible vivir con una calma estóica y magnífica.

—¿Qué ha comido usted desde ayer, amigo Rojas?—le preguntaban.

—Nada... ¡pero no importa!

Y en las noches en que caía la lluvia con lúgubre monotonía, y el ciclón tumbaba las chimeneas, el poeta pasaba aterido y fantasmal, envuelto en un raído trajecillo de verano.

—Amigo Rojas, ¿dónde piensa usted dormir esta noche?

—En la Moncloa... ¡pero no importa!

Un hombre que no es un imbécil, y a quien no le importa no comer y dormir al raso, comprenderéis que posee una gran fuerza interior, una vida de ensueño, llena de magos hechizos, donde se refugia de las amarguras de la vida a ras de tierra.

Rojas era una víctima del encanto de la bohemia. Por ese famoso encanto abandonó un día la tierra gallega, donde tenía un hogar confortable y corazones familiares que temían por él en sus absurdas andanzas cortesanas. Por ese espejismo suicida dormía en los sotillos del Manzanares y almorzaba serventesios, ¡así iba él de pulido y de medrado!, y solía escribir sus poemas a la luz de los reverberos públicos, y hampón doliente y dolorido, aún más pobre y menfuado que el viejo Villón, no tenía una ramera que fuese su «rayo de luz» con quien fundir su amor y sus guiñapos y su melancolía.

Y entre los tentáculos de esa sirena iba dejando su salud y le iba devorando lentamente la crueldad de monstruo insaciable. Así, cuando le veían flaco, espectral, con amarillo color de difunto, al tender la mano glacial en oferta amistosa, parecía que iba a decir:

—Ya sabe usted, Gonzalo Rojas: en la fosa 314 del cementerio del Este, puede usted disponer de un amigo...

Cuando salieron ambos camaradas del fementido mechinal, Garcín tomó su actitud peculiar y arrogante, requebrando donosamente a las hembras y mirando a los transeuntes con un gesto bizarro, como diciéndoles:

—¡Eh, caballeros! ¿No hay nadie que quiera luchar conmigo?

Aquel era un gran día para el luchador. Iba a cobrar sus primeras «Mariposuelas» en un periódico, y por tan fausto suceso se ensanchaban sus horizontes y llevaba en su corazón todo el oro y el azul de la jubilosa mañana abrileña.

¡Oh, qué emoción la del poeta, cuando sobre el mostrador del cajero sonaron como un carrillón argentino, augustos y milagrosos, los cinco duros resplandecientes! Salió con la solemnidad de un emperador, bienquisto de la victoria, que retornase entre la aura magnificencia de una marcha triunfal, tañida por las hadas y por los gnomos.

A Gonzalo se le ocurrió para festejarlo debían ir a almorzar... seriamente. Pero el luchador estaba atacado de un agudo delirio de grandezas.

—Todo se andará, querido Gonzalo; comeremos de una manera digna de nosotros. Nada de garbanzos, ni de bacalao a la vizcaina. La alimentación influye poderosamente en la producción artística; a un escritor sometido al cocido cotidiano se le resiente mucho el estilo. Pero antes quiero emular las glorias de Jorge Brunmel; quiero dilapidar parte de mi fortuna en realizar mis sueños de dandysmo.

Y cogiéndose alegremente del brazo, ambos camaradas se dirigieron a la calle del Pez, a los bazares titulados pomposamente «Al Gran Saldo Macabro».

En este Madrid de prodigios y trapisondas hay unas pintorescas covachas dónde se realizan equipos de cadáveres. Allí, por menos de dos duros, podéis adquirir el terno flamante con el que visteis enterrar a un vuestro deudo, o la severa levita de un prócer, o la de un gran artista fallecido. Con un golpe de cepillo que limpie el polvo de la tierra sagrada que se le hubiera podido adherir, por la laboriosidad de unos honrados exhumadores, podéis lucir el garbo por esas rúas, lindos como narcisos y atildados como fúcares.

Claro es que los parroquianos de estos extraños bazares están exentos de todo prejuicio banal. Solo los hombres serios suelen indignarse mucho con esta nefanda mercadería, y, sin embargo, los señores saltatumbas tienen la conciencia tranquila por su honesto, altruista y calumniado menes—. ¿No es fuerte bellaquería—dirán—que se pudra con los muertos tan rica presea y tanto lienzo nuevecito, cuando hay por esas calles tantos vivos que no pueden cubrirse las vergüenzas? Los difuntos no necesitan ropas para presentarse allá arriba...

Yo no hallo motivo para la indignación pública por esas mortuorias granjerías. El oficio de [illegible] me parece, por lo menos, tan honorable como el de editor; además que ellos suelen contar con la autorización de la familia de los finados para cortar las cabelleras, que se tornan en perifollos para las gentiles damitas, y para extraer las quijadas, y no ya la piel, porque los hombres la llevamos acribillada y molida, y en este estado, claro es, no es útil para la industria.

Estas covachas siniestras son una solución para los hermanos de la absurda cofradía de la bohemia, para los traslúcidos covachuelistas, para todos los lamentables polichinelas agarrotados por la pobreza. Si no fuese por esa institución, veríanse por esas plazas tantos cueros vergonzantes...

Cuando llegaron los dos poetas, Rojas, poseído de un pavor supersticioso, se negó resueltamente a entrar en el lúgubre almacén.

—Mira yo te aguardo a la puerta del bodegón de Mostenses; pero no te vuelvas loco y reserva algún dinero para comer.

Cuando Garcín penetró, junto al mostrador estaba el señor Luján, novelista y sociólogo vitaliciamente inédito. Había ido allí a hacer provisión de zapatos, porque los que traía tanto tiempo cometían la ingratitud de abandonarle, y sostenía fiera batalla con el mancebo de la tienda, accionando bravamente con dos botines dispares. Su voz tremaba de indignación y tenía un gallardo gesto tartarinesco:

—¡Me parece que por tres pesetas tengo derecho a dos botas de un mismo cadáver!

El dependiente mostraba su mejor sonrisa:

—Caballero, es usted demasiado exigente.

Al poco rato, Garcín salía del fúnebre bazar cargado con enormes envoltorios. Llevaba un equipo estupendo: el terno azul marino, de irrepochable corte inglés, de un suicida; las finas holandas de un tífico, cuidadosamente desinfectadas, eso sí, y los brodequines de un ilustre asesino recientemente agarrotado...

EL DOMICILIO AMBULANTE

En su errante vivir, Garcín solía hacer noche en los hostales míseros de la pobretería y flórida gallofa, y generalmente dormía a la poética luz de la luna, en los bancos del Prado, y aseaba su pintoresca catadura en las públicas fontanas.

Así es que, como carecía de lugar donde cambiarse de indumentaria, en la calle del Barco, el poeta tomó un coche, y durante una hora, convirtió el vehículo en domicilio ambulante.

Era el momento en que los obreros y las modistillas extendían su simpática greguería por las calles. Y grande fué su asombro y regocijo cuando vieron que de las ventanillas de la casa con ruedas habían caído a la rúa unos festoneados calzones en harapos. Algunos metros más allá, unos bigardos que jugaban al cané ovacionaron jocundamente al «simón» de cuyo interior habían descendido los faldones desgarrados de una camisa de franela y un pedazo de corbata. Y el éxito más ruidoso fué al arrojar a la vía, como botín de la galopesca, el precioso y venerable gabán color de aceituna con cuello y bocamangas de astrakán.

Cuando se detuvo el coche, Garcín, el luchador, «el gran bebedor de agua», estaba tan embellecido y de tal guisa metamorfoseado, que el cochero no le conoció.

—¡Diantre! ¿Pues dónde se ha metido el señorito que me tomó en la calle del Barco?

Comenzó a caminar, satisfecho de lo bien que caían sobre sus posaderas los faldones de la americana, y viendo en los escaparates ajustarse a su torax las solapas picudas.

Pero lo que hubo de alarmarle un poco es que, a su paso, los perros callejeros dejaban de guluznear en el arroyo, estiraban las orejas y comenzaban a aullar agoreramente. Al primer perro se unieron diez más, y en breve espacio, todos los canes vagabundos escoltaban al poeta en una melopea inconcebible de aullidos lastimeros. Las porteras y los desocupados cesaban en su pía labor de comadrear y le contemplaban con inusitados aspavientos de inquietud.

Desasosegado por la curiosidad que producía, emprendió una loca carrera, chocando con los viandantes, con los faroles, con los vehículos y llegó al restaurant sudando y alucinado por la absurda persecución de que era objeto.

Respiró, creyendo haber llegado a puerto seguro. El comedor estaba lleno de mozas del partido y de gente bullanguera que gritaba y reía en algaraza jovial y pintoresca.

Pero apenas hubo tomado asiento ante una mesa, notó que se apagaban las risas cascabeleras y la greguería de las conversaciones, y a los pocos minutos la sala tenía un profundo silencio de panteón. El camarero, que llegaba sonriente a darle la lista, su paró en seco, con los ojos atónitos, y huyó presa de un terror supersticioso.

—Pues, señor, ¿por qué se alarmarán así estos idiotas?—y batió palmas, gritando con la impertinencia de un hombre que lleva una fuerte suma en el bolsillo:

—¡A ver, camarero; una ración de menudillos, a escape!

Pero, a pesar de sus llamamientos, la servidumbre no llegó a tomarle recado.

Todas las miradas estaban fijas en él. Algunos apresuraban el yantar y se iban precipitadamente; Garcín miraba bizarro la hostil concurrencia, mientras pensaba para su capote.

—¡Me parece que va a presentarse una buena ocasión de luchar!

El hotel solo tenía dos habitaciones: una cámara amplia y abohardillada y la cocina. Había allí un vaho espeso que no evocaba ciertamente los pebeteros de Siarín.

La cantatriz encendió un velón y a su resplandor humoso apareció un hacinamiento de prendería; tres sillas cojas, un butacón manco y un sofá sin tripas; en los rincones, grandes pájaros tropicales, disecados que debió traer a la península su padre, el brigadier. En el suelo había un chaquet y unos míseros calzones junto a una bota de hombre con los calcetines dentro. La otra bota estaba en la mesa, sobre un sombrero de fieltro. Más allá, un jergón de paja podrida, donde se abrazaban, dormidos, tres niños muy pequeños. En el rincón más abohardillado de la pieza, había un camastro en el que el esposo de la señora Jacalamanaga exhalaba unos ronquidos, dignos de un elefante.

—Despierta, cariñito, despierta, que te traigo la panacea—y le ofrecia el frasco del alcohol—. Además, tenemos un huésped esta noche.

El cariñito de la diva sacó de entre el embozo la cabeza barbuda. Al verle el luchador, creyó que estaba soñando.

—¡Pero es posible! ¡Qué casualidad, señor Monteleón!

El señor Monteleón, el equilibrista, se quedó tan estupefacto como Garcín.

—¡Usted en mi casa, candoroso poeta! ¡Es extraordinario! He aquí como la Providencia se ha encargado de arreglar nuestras cuentas; usted me ha convidado a comer y yo le invito a usted a dormir. Estamos en paz.

Garcín, viendo aquel cuadro de horrible miseria se iba sintiendo muy conmovido; pero el equilibrista con los ojos cargados de sueño, puso remate a la escena.

—Vaya, señor Garcín, beba usted un trago de aguardiente y a descansar. Y si tiene gusto en ello, puede usted acostarse con la señora Jacalamanaga. Se la recomiendo a usted; es una dama muy sentimental.

El cinismo de Monteleón hizo ruborizarse a la señora, mientras el poeta se deshacía en excusas.

—¡En qué cabeza cabe! ¡Yo sería incapaz de faltar a la hospitalidad!... Yo soy un caballero.

—Bueno, como usted quiera—y suspiró filosóficamente, mirando a la señora Jacalamanaga—. ¡Ay, amigo mío, ustedes, los jóvenes voluptuosos, no saben qué gran placer es dormir solo!

AULA DE TRUHANERIA

Por guardar las formas antes el huésped y por decoro de la dama, la pareja no yació aquella noche en el mismo lecho. La señora Jacalamanaga, tendida en el sofá destripado, pasó toda la noche suspirando tiernamente, con los ojos clavados en el rincón donde Garcín improvisó un lecho con las sillas, sirviéndole de almohada el clásico chaquet del equilibrista.

La dama estaba muy ojo avizor, acariciando mentalmente la idea de que la extremada mocedad del huésped se soliviantase con sus dulces suspirillos y tratase de asaltar la fortaleza de su virtud, más que demisecular. Pero ya fuese por timidez o porque el sueño rindiera al poeta, el caso es que en toda la noche sonó para la diva la dulce hora de la violación.

—¡Qué lástima! ¡Un joven tan robusto!—y, desesperanzada, se abatió en brazos de Morfeo, el único galán que ya podía garcar con ella sin escrúpulos.

A media mañana, cuando el sol se reía jubilosamente en el desvencijado mobiliario, despertáronse nuestros desorbitantes personajes.

Los tres niños lloraban escandalosamente y Garcín se volvió a sentir invadido de la misma conmiseración de la víspera.

—Yo le perdono de buen grado la mala pasada que me hizo, señor Monteleón. Veo la miseria que le rodea, en unión de su esposa y de estas tiernas criaturas...

El otro le interrumpió con una de sus cínicas y peculiares carcajadas.

—¡Qué gran papanatas es usted, amigo Garcín! ¡A quién se le ocurre colgar-

me tal familión! La señora Jacalamanaga es unicamente mi socia industrial. Aunque le choque, en nuestro negocio, el capitalista soy yo, y el capital social es el tesoro de mi fantasía. Respecto a los chicos, los hemos alquilado para «una combina» que se resolverá dentro de breves momentos.

Garcín se hallaba en un mundo de maravilla.

—Mire usted, joven: el ideal de toda persona decente es vivir sin trabajar. El trabajo es sucio, triste y embrutecedor. No me negará usted que es más agradable que estar arando, pasearse al sol, por donde a uno le dé la gana, y menos peligroso estar en un café que hacer títeres en un andamio.

—Pero para la vida es necesario que la humanidad trabaje...

—Perfectamente; a mí no me disgusta que trabajen todos... todos, menos yo. Soy un alma de príncipe que, al nacer, se equivocó de entrañas, y, en vez de nacer en un palacio, nació en un piso tercero de la calle del Tribulete. Ahora, lo que parece más difícil es realizar el precioso ideal de holganza. Sin embargo, el hombre listo ve en seguida que la sociedad es perfectamente imbécil, hipócrita y vanidosa, y estos tres defectos son los admirables resortes del éxito. Lo demás es un trabajo de adaptación al medio. Para el oficio de equilibrista es preciso un gran talento, ser doctor en filosofía vivida, saber pulsar la cuerda flaca de nuestra víctima, ser sutil antropólogo para hacer la ficha exacta de nuestros prójimos y gran esgrimidor para tirarse a fondo en el instante oportuno.

—Y ¿en qué Universidad ha cursado usted esas ciencias tan interesantes?

—En la acera del Suizo. Además, el hambre me ha dado lecciones muy provechosas, y la gula, la lujuria, la envidia del bien de que disfrutan tantos necios y el orgullo de mi propia inteligencia, han sido las virtudes que me han fortalecido en mi dolor de miserable, de despreciado, de ente feo y ridículo, burlado por las hembras y escupido por los poderosos.

Todas las tragedias de esta sociedad cruel y egoísta, todos sus fanatismos, sus pasioncillas y sus vanidades son elementos para mi farsa. El señor Monteleón es maestro del adjetivo y del ditirambo; sabe elogiar el soneto, el discurso o el color de la corbata de los mentecatos a quienes hincha la vanidad; hace biografías de ilustres pollinos de la política, de bizarros guerreros de salón, y los biografiados, claro es, señor Garcín, me abren su bolsa y se quedan encantados de que sus señoras madres les parieran tan elocuentes, tan inspirados y tan valerosos.

El señor Monteleón es maestro en tratar a las princesas de la busca con taimada cortesanía, cual si las confundiera con damas de condición, para poder eludir el pago del ayuntamiento amoroso. —¡Cómo! ¿Pides dinero, desgraciada? ¡Yo creía que te habías enamorado de mí!—El señor Monteleón ha sido policía particular, vendedor de específicos para la calvicie, de su particular invento, tan útiles para la cabellera como para los ojos de gallo; echador de cartas, punto figurado en las chirlatas, secretario particular de un diputado por la mañana, y mendigo de noche en las calles solitarias.

El señor Monteleón sabe todos los conventos en que dan bonos los jueves y las cofradías que reparten ropas y pesetas, y se presenta candidato al «premio de la virtud» de la Academia Española, y ha dormido en el Refugio para ahorrarse el pupilaje.

Ha explotado la hipocresía de la gente fanática acudiendo a las Juntas de damas en demanda de dinero para bautizar hijos imaginarios; ha llorado, por dos duros, en los entierros de los pingües devotos; ha vendido amuletos para aprisionar la suerte y objetos de goma en los meretricios.

Ha sido «hermano de la vela nocturna» para vender las lágrimas de cera; ha sido memorialista e inventor de romances de crímenes para ciegos. Y, por último, amigo mío, el señor Monteleón se ha casado cinco veces.

—¡Pero eso es realmente épico!

—¡Sí señor, me he casado cinco veces; cuando la princesa de Asturias, cuando el rey, cuando la otra infantita... Ya sabe usted que la Intendencia da cien duros a los que contraen matrimonio el mismo día que las personas reales.

—¿Y que ha hecho usted de sus esposas, señor Barba Azul?

—¡Bah! Búsquelas usted en los cuartelillos de la calle de Ceres. En mis negocios no se mezcla jamás el amor, señor Garcín. Yo buscaba una pelandusca cualquiera, nos echaban las bendiciones, después la daba cuatro duros, y cada uno se iba por su lado.

—Entonces, la señora Jacalamanaga ..

—Es una compañera muy útil. Además, nos unen las cadenas de una misma pasión: el aguardiente. Esta ilustre señora coge unas borracheras epopéyicas, y no he de negar que algunas veces nos dejamos tentar por el demonio de la carne. Generalmente, después de algún negocio, cuando cenamos fuerte; ya sabe usted que la nutrición es madre de la voluptuosidad. Y ahora, señor Garcín, va usted a hacermé el favor de marcharse con viento fresco. Dentro de un instante vendrán los Hermanos de San Vicente a dejar algún dinero a este pobre matrimonio con tres tiernas criaturas que están sumidos en la mayor miseria, y tenemos que preparar convenientemente el escenario de la farsa.

Y sonriendo, con sú cinismo habitual, acompañó al poeta hasta el corredor, donde las vecindonas se distraían buscándose las honradas liendres, y los chiquillos, sucios y harapientos, mamaban de las flácidas ubres.

El luchador, todo deslumbrado por la oratoria del socio de la señora Jacalamanaga, no pudo menos de exclamar admirativamente:

—No cabe duda; el señor Monteleón es digno de ser mi cofrade. ¡Es un grande hombre!

LA CABEZA DE LA HIDRA

Gonzalo Rojas iba perdiendo día por día la fe en la literatura. Estaba harto de no conseguir cobrar sus artículos en los periódicos, y cuando le devolvían algún original solía exclamar, lleno de justificadísima ira:

—¡Pero estas gentes se figuran que un literato es un camaleón!

Mas la casualidad tuvo a bien resolverle la vida. Una mañana, en la plaza de los Mostenses, tuvo la fortuna de hallarse con una paisana, algo jamona y muy dadivosa de su belleza, que tenía una casa de huéspedes. Gonzalo conquistó la despensa con la catapulta de su virilidad, y desde aquel día venturoso comió pan a manteles, vistió con decoro y durmió en lecho blando por virtud de su mocerío y de ser su paisana muy [illegible] y aficionada al fuerte aroma de varón.

A poco tiempo fué el verdadero dueño de la posada, y como su amigo Garcín, a pesar de luchar sin descanso, no conseguía nada firme, Gonzalo intercedió por él en uno de esos momentos de amor en que no se niega nada, y la jamona gallega le admitió como pupilo, con la esperanza de cobrar el día que su literatura le llevase a la Academia.

Entre los huéspedes había un marchante catalán, brusco y mal educado, de anchas espaldas y cráneo de avestruz, y dos siniestros personajes barbudos, melenudos y traspillados, fumadores de pipa y heroicos matadores del tiempo. Estos dormían en una pequeña alcoba del pasillo, donde no consentían que entrara nadie ni aun a hacerles las camas, menester que estaba encomendado a una gentil y modosita muchacha llamada Palmira, sobrina de la dueña del hostal.

El señor Raventós, el marchante, solia pellizcarla cuando la hallaba en la escalera, con grandes protestas y sonrojos de la angelical criatura. Garcín la trataba con un respeto caballeresco, y Palmira, a su vez, le hacía objeto de delicadas atenciones.

Era una mujercita gazmoña y linda, muy maestra en el jugar de ojos y otras inocentes coqueterías. Siempre que pasaba junto al luchador exhalaba un flébil suspirillo, y si acaso se veían a solas, le miraba de un modo extraño y ardiente y luego se ponía roja de pudor.

—Es que la pobre no puede ocultar que está enamorada de mí—pensaba Garcín, pavoneándose.

Y al cabo de acariciar esta idea varios días, resultó que quien se enamoró como un cadete fué nuestro valeroso poeta. La linda Palmira perturbó su sueño

en el lecho casto y hospederil; en sus fiebres de inspiración hubo de dedicarle más de cuarenta «Mariposuelas», y mientras la niña servía la comida, Garcín exhalaba un profundo suspiro, suspiraba también Palmira, repetía el poeta y el señor Raventós protestaba de aquel juego de suspiros desde su gravedad de marchante en calcetines.

Por fin, una noche Garcín la invitó a ver «Marina» con un vale de periódico, y los tiernos sentimentalismos del zarzuelón precipitaron la revelación [illegible]a. El se atrevió a cogerla de la mano en el preciso momento en que Pas[illegible]ce a la tiple esta gloriosa frase, que Pichote haría suya y Gedeón no desdeñaría, ¡oh, gran Camprodón!

«Mi madre, aunque está impedida,
¡la pobre te quiere tanto!»

Desde aquella noche memorable fueron novios y Garcín comprendió que aquella delicada criatura era la «esperada», la novia ideal con que sueñan los poetas, la única mujer capaz de comprender sus «Mariposuelas».

Y puso en ella todo el lirismo de su amor, sin que ningún pensamiento atrevido ni ninguna demasía de obra empañase el límpido cristal de aquel idilio, tanto más realzado con el contraste de la bellaquería del marchante de cabeza de avestruz y los quehaceres culinarios de la amada.

Las horas de comer en el hostal daban origen a terribles controversias entre los pupilos. A la sazón menudeaban los atentados anarquistas, cosa que indignaba mucho al catalán, que era un hombre de orden y de creencias.

—Pero esa policía, hombre, ¿qué hace que no desuella vivos a esos dinamiteros? ¡Valiente gentuza!

El señor Terranova, uno de los personajes barbudos y melenudos, dió un violento golpe con su tenedor:

—Usted no entiende nada de sociologia, Raventós; usted es un mercachifle que no alcanza el ideal de esos apóstoles rojos.

—¿Pero va usted a hacerme creer que no son unos criminales?

—¡Pues claro que no!—arguyó el otro traspillado y siniestro cofrade—. ¡La dinamita es el incienso que se quema ante los altares del porvenir.

Y después de esta magnífica frase, arremetió contra una chuleta con un entusiasmo verdaderamente demoledor.

—¡Oh, cuando venga la Social!—declamó el compañero Terranova.

—¡Qué gran día cuando venga la Social!—repitió el compañero Quijada, el otro señor melenudo.

Terranova se levantó solemnemente, con la copa en la mano:

—¡Salud, compañeros! Brindemos por el día en que se borren las fronteras y no quede ni el rabo de un [illegible] sobre el mundo.

Quijada le imitó, gritando como un energúmeno:

—¡Brindemos por la pronta revolución social! ¡La propiedad es un robo! ¡Viva el amor libre y la nitroglicerina! ¡A luchar contra los tiranos y los burgueses! ¡A luchar contra todo lo constituído!

Al oir que se trataba de luchar, Garcín se sintió poseído de un gran ardor revolucionario:

—¡Ah, compañeros! ¡Yo seré de los vuestros cuando llegue la hora de la lucha! ¡Yo iré con la tea encendida a quemar los palacios de los poderosos, a destruir los templos y los Bancos, que son las cátedras de la burguesía!

Sus comensales estaban un poco perplejos, y el luchador continuó, presa de la divina fiebre de la elocuencia:

—¡Esta sociedad está podrida! Ya asoma el horizonte de la aurora roja de la revolución; los oprimidos afilan sus puñales en la sombra y se preparan para asaltar las tiendas de comestibles! ¡Compañeros, que no quede una sola cogulla ni un solo cetro!

—¡Viva Garcín de Tudela!—gritó el compañero Terranova, subiendo sobre una silla.

—¡Viva el gran luchador!—aulló Quijada, agitando la servilleta.

Monteleón levantó asombrado la cabeza al oir tan inespera melodía. Inmediatamente le invitó a sentarse en su misma mesa, retiró los platos, las migajas, alizó cuidadosamente los manteles y batió palmas, mientras gritaba con acento de declamatoria cortesanía:

—¡A ver, mozos! ¡Que venga volando toda la servidumbre a ver lo que quiere comer el insigne poeta, el profundo sociólogo Garcín de Tudela, el más denodado de todos los conquistadores de Madrid!

Los traslúcidos parroquianos fijaron sus atónitas miradas en Garcín, que estaba rojo de vanidad y se pavoneaba con la pueril petulancia de un loro.

Monteleón continuó su discurso a grandes gritos, adobándolo con zalemas y puñadas sobre el pecho para darle aires de sinceridad.

—¡Cómo no había de conocerle, señor Garcin! Yo, aunque me esté mal el decirlo, estoy al tanto del movimiento intelectual de todo el orbe. Y usted, señor Garcín, es una gran estrella en el cielo del arte.

El poeta, ganado de tanta fineza; se creyó obligado a convidarle a comer.

—¿Quiere usted concederme el honor de compartir esta humilde pepitoria?— y colocó el plato en el centro de la mesa.

Por única respuesta el señor Monteleón se arrojó como un tigre sobre una pata de conejo.

—¡Mozo, una grande Valdepeñas! Brindemos, señor Garcín, alcemos nuestras copas por el próximo día en que los contemporáneos le hagan a usted justicia, declarando a bombo y platillos que sus «Mariposuelas» son el más alto monumento poético que se ha alzado en España, en todo el siglo xx.

—No tanto, señor Monteleón, no tanto...—repuso el luchador hipócritamente.

—¡Oh, la modestia es la espuma de los grandes hombres! ¡Qué gran virtud es la modestia. Pero con un admirador tan ferviente como yo, puede usted ser sincero.

—En efecto, yo no estoy descontento de mis «Mariposuelas»... Pero ¡calla! ¿a donde se ha ido el conejo que había en este plato?

El señor Monteleón se inclinó a su oído y le dijo misteriosamente:

—No era conejo, señor Garcín, era gato; y yo he querido librarle a usted de semejante porquería.

Y como el poeta no pusiese muy buen gesto, agregó:

—Era gato, me consta; ¿no ve usted que soy parroquiano antiguo?... Un gato rubio con pintas blancas; le he conocido yo personalmente.

Convencido por tan preciosos pormenores, hubo de pedir otra ración de albondiguillas.

—¡Eh, medidor! más vino; traiga usted del mejor vino que haya en la casa. Sauterne, Borgoña, Chipre, algo digno del gran Garcín, el sabio humanista; el preclaro biólogo, el incomparable numismático. Venga el vino enseguida; mi amigo, el gran Garcin, es el que paga.

El señor Monteleón era un personaje realmente extraordinario. Era un hampón ingenioso, borrachín y trágicamente feo. Vivía haciendo equilibrios portentosos en el alambre de la casualidad; en los cafés, en las redacciones, en las porterías de casa grande, era familiar su chaquet ribeteado de parda trencilla, su frégoli grasiento y sus barbas negras y enmarañadas. Su boca cárdena era flor de cinismo y de maledicencia; sus ojos turbios, grandes y sangrientos, guiñaban tras los quebrados vidrios de sus lentes; su nariz enormemente borbónica, era como una colina sobre el rostro flácido y costroso. Era catedrático de bellaquería, gran maestre de la «Orden de Sablacistas», caballero de la «Trampa adelante», y hermano mayor de la piadosa cofradía de «Viva la Virgen».

—¡Feliz destino el de los poetas, señor Garcín! Ellos quedan en la historia al mismo nivel que las testas coronadas; al hablar de Federico de Prusia, se recuerda en seguida al gran Voltaire; Chenier evoca a Luis el decapitado, y Grilo a Doña Isabel II: ¡ah, tal vez en los siglos venideros, un mismo lauro unirá las frentes de nuestro [illegible] y del preclaro Garcín de Tudela el luchador.

Y mientras peroraba, Monteleón engullía de una manera vertiginosa. El poeta estaba estupefacto, porque le había cabido la misma suerte con las albondiguillas que con el gato blanco y rubio, a quien su camarada había tenido el honor de conocer personalmente.

—Mire usted que pedir albondiguillas. ¡Je, je! ¡Qué ocurrencia suelen tener los grandes hombres. Y agregó, bajando la voz confidencialmente—. En este figón, señor Garcin, las albondiguillas piafan...

—¿Piafan?

Monteleón guiñó un ojo con aire de picardía—. Compréndame usted. Los jacos de la plaza de toros, ¿eh?... ¡Qué negra es la humana ingratitud! El caballo, el mejor amigo del hombre.

Garcín no había cenado, pero se sentía feliz envuelto en la nube de incienzo que para su regalo expendía el señor Monteleón. Pensó en consolarse fumando un magnífico veguero que había comprado y que reservaba para después de cenar.

Lo encendió y lanzó una azulosa bocanada al aire del figón, cargado de acres olores de cocina y de hacinamiento de carne sucia y miserable.

Monteleón, tras de mucho rebuscarse en los bolsillos, construyó una pajuela, mezcla de polvo de tabaco y de migas de pan.

—¿Tiene usted la bondad de darme lumbre? ¡Oh, qué maravilloso cigarro! Regalo de algún admirador, ¿eh?

—¡Bah! Me lo dió ayer el Embajador de Turquía, en Parisiana.

—¡Buena marca! «Henri Clay». Es el mejor tabaco que conozco.

Y antes de que el poeta pudiese evitarlo, el equilibrista comenzó a chupar ansiosamente del veguero. Después le pasó la lengua con glotonería y le masticó con sus dientes cariados y negros.

Al devolvérselo de tal modo babeado y mordido, Garcín exclamó, ocultando su furia en una sonrisilla de conejo:

—Ya puede usted seguir fumándoselo si quiere, señor Monteleón.

—Gracias, mil gracias. No hay mejor complemento de una buena comida que un buen cigarro. Ahora, querido poeta, podemos tomar unas tacitas de café. ¡Qué gran digestivo es el café! Usted sabe mejor que nadie que Campoamor dedicó una preciosa poesía a la «flor del café.»

—Conozco esa poesía, pero le advierto que a mí ya no me queda suficiente dinero...

—Entonces, señor Garcín—dijo Monteleón levantándose—permítame usted que me retire.

—¡Cómo! ¿Se va usted porque yo no tengo dinero?

—Pues es claro, hombre de Dios. ¿Para qué voy a molestarme en adularle si ya no le queda a usted una perra?

—Pero ¿no es usted mi admirador incondicional?

Fué digna de un dios la carcajada que lanzó el equilibrista.

—¡Yo su admirador! ¡Mentecato! Yo no he leído nunca sus «Mariposuelas», ni me importan un bledo. Ha sido usted la víctima de su propia vanidad; y le ha costado dos duros una lección de vida. No crea usted que es demasiado caro.

Y el señor Monteleón, gran maestre de la «Orden de Sablacistas», caballero de la «Trampa adelante», salió del figón saboreando el exquisito cigarro, con el grasiento frégoli sobre una oreja y fanfarrias de triunfador.

El chasqueado Garcín sintió hundirse en su pecho la espina de la ingratitud y estuvo a punto de romper a llorar a lágrima viva sobre los fementidos manteles clavados a los bordes del tablero, donde brillaban los cubiertos de estaño sujetos por una cadenita de metal.

Poco a poco, se fué sintiendo más confortado. Se había quedado sin cenar y aquella noche le esperaba dormir a la poética luz de la luna, en los bancos del Prado; pero su alma estaba templada en la gran fragua de los altos ideales, y altivo y satisfecho, con un palillo entre los dientes cruzó con aires de gran señor, la grasienta zahurda.

¡Ban: ¡Que importa que un quidam me haya hecho tal bellaquería! ¡Yo lucho por las mercedes de esa querida maravillosa que se llama la inmortalidad.

DONDE ASOMA SU PERFIL LA SEÑORA JACALAMANAGA

A la alta noche, molido de callejear, triste y hambriento, Garcín cayó desplomado sobre un banco de la plaza del Progreso.

Cerca de él se hacinaban en monstruosos racimos los vagabundos: sonaban con alucinante monotonía los surtidores de las dos pequeñas fuentes; en las aceras cantaban lúgubres saetas monorritímicas las rameras viejas y astrosas. Junto a la calle de la Espada alzaba su tabanque un cafetero, y en torno del establecimiento portátil habían construído un senado todos los hijodalgos de la briva. Eranse humildes descuideros, mangantes, quincenarios y jaquetones torerillos que esperaban el amanecer, hora en que las barraganas finaban sus aventuras y corrían a buscar a sus galanes de corazón.

—Oye, ninchi, ¿en qué paró el broncazo de anoche?

—En que fuímos a la «Comi» y el inspector quería darme un «quince con seltz».

—Pero, ¿te cogieron trabajando?

—En cuanto comenzaba a parchearle la «saña» (1) el «payo» se apercibió. -Y agregó con un donoso cinismo—. A ver si va a poder ser que vivamos los artistas.

Garcín se iba dejando invadir por la melancolía. No había venido él ciertamente para dormir en la plaza del Progreso ni a engañar su hambre con hiperbóreas fantasías. No comprendía así la lucha: luchar con las propias vísceras y fatigar las posaderas con la dureza de los bancos públicos, no eran cosas muy eficaces para obtener la celebridad. Y en el gran abandono de la noche, cuando las casas están cerradas, el silencio es hondo, la soledad dolida y el pobre cuerpo siente el ansia de echarse al surco definitivamente, el triste conquistador pensó, por primera vez en sus andanzas, en el rincón provinciano y en la abundancia de comestibles que en aquel instante habría seguramente en la cocina familiar.

Cuando así distraía los aullidos de su estómago desmantelado, oyó entre las ramas una flébil canción que se iba acercando lentamente. Era una voz femenina, que entonaba un aire anticuado y ramplón, y a poco apareció la insólita silueta de la cantatriz. En una mano llevaba un grasiento envoltorio y en la otra una barra de pan de Viena y andaba con un gentil pasito de gavota, flotante la manteleta y el luengo velo de viuda. Se mostraba satisfecha y vanidosa de dedicar sus trinos a la efigie del señor Mendizábal.

Deja el remo, batelera,
que me aterra tu manera
de remar.

a trechos interrumpía su barcarola para morder el pan y el desconocido manjar del envoltorio. Pero en seguida tornaba a sonar su cascada y ruinosa voz de falsete, rematando la tonadilla:

Deja el remo
porque temo
porque temo naufragar...

La diva fué a sentarse en el mismo banco del poeta.

—¡Diantre, si es la señora Jacalamanaga!

La lírica y vagabunda dama gozaba en la corte de una regocijada popularidad. Al caer de la tarde se apostaba en una plazuela con el manto tupido caído sobre el rostro y cantaba sus rancias barcarolas o sus romanzas de los felices tiempos de Atala y el pobre Chactas;

Engañada tu tímida madre,
hizo un voto funesto a tu vida:
para mí no hay ninguna alegría,
sin mi Atala no puedo vivir.

(1) La saña (cartera).

Solo se quebrantaba el misterio del manto a la alta noche, cuando las almas piadosas y los nobles caballeros a quienes engañaba su artilugio, se habían retirado a sus honestos hogares: entonces, en pleno reino de la gallofa, la señora Jacalamanaga lucía su larga y roja nariz de alcohólica a la luz de los últimos faroles.

Como la diva trashumánte era persona de principios, invitó al luchador, con un ademán cortesano y una gracil inclinación de cabeza.

—Caballero, ¿quiere usted participar de este mísero condumio?

Garcín opinó que aquel envoltorio no olía mal del todo y se le fueron los ojos en pos de aquel incógnito manjar.

—Señora: yo soy incapaz de desairar a una dama, y tanto más tratándose de la señora Jacalamanaga, la célebre cantante, el ruiseñor de las plazuelas matritenses.

Como se ve, Garcín no había olvidado la lección de vida que aquella noche le diera el señor Monteleón, el equilibrista.

—Siento en el alma no poder ofrecerla más que la mitad de un «soldado de pavía»—y le hizo entrega del áureo pedazo de bacalao frito.

—¡Oh, señora, es usted la musa de la alimentación!—y la emprendió a dentelladas con el menguado refrigerio.

—A su edad de usted se come con mucho apetito; después los desengaños y la tribulación se apoderan del alma. El estómago y las ilusiones se pierden al mismo tiempo. ¿Quiere usted un poquito de aguardiente?

Y sacó de la faltriquera un frasco, del que bebió con delicia, poniendo los ojos en blanco, gozando unciosamente de ese inmenso placer que proporciona el vicio favorito.

—¡Ay, joven, qué engañoso es el mundo! Véame usted a mí, primer premio de canto en el Conservatorio; haciendo gorgoritos por las calles, para comer ante un público que no me comprende. Si mi padre, el brigadier, levantara la cabeza.

La señora Jacalamanaga tenía la obsesión del abolengo y hablaba enfáticamente de su padre, el brigadier, de cuya clasificación resultaba que había tenido por lo menos, dos padres, el brigadier y otro.

Garcín creyó que se trataba de humillarle.

—¡Ah, señora, yo también soy un incomprendido! A pesar de no tener ni donde dormir esta noche, yo he escrito un tomo de «Mariposuelas» que, cuando se publique grabará mi nombre en los mármoles de la posteridad. Pero la patria es muy ingrata con sus hijos esclarecidos. Ahí tiene usted a Cervantes; hasta después de muerto no se enteró la gente de su «Quijote». Pero es cosa cierta que se me hará justicia y que mi efigie, esculpida en victoriosos bronces, se alzará eternamente en la plaza mayor de mi provincia, frente al Ayuntamiento.

Al saber que carecía de hogar, la señora Jacalamanaga tuvo un impulso sensible, y temiendo que el relente pudiese malograr a aquel grande hombre incomprendido, le ofreció hospitalidad para aquella noche.

—Veré muy gustosa que honre usted mi humilde aposento. Pero en esta oferta no vea usted nada pecaminoso, caballero.

—¡Ah, de ninguna manera!—agregó Garcín caballerescamente, respetuoso, con aquel pudor de sesenta y cinco años!

—Además, que no estoy sola. Mi esposo estará ya impaciente por mi tardanza.

La presencia del esposo no le pareció muy tranquilizadora al bravo Garcín de Tudela. Sin embargo, ofreció su brazo a la señora Jacalamanaga, y en plática animada, con galantes ceremonias y pasos de rigodón, anduvieron toda la calle de la Magdalena y la del Olivar, hasta la angosta de Ministriles donde tenía su palacio la señora Jacalamanaga, primer premio del Conservatorio y ruiseñor de las plazuelas madrileñas.

En un sotabanco de una casuca en ruinas hubieron de detenerse

Del fondo de la sala, salio una voz que aumentó más la perplejidad del fiero Garcín de Tudela, el luchador.

—Debe de estar constipado.

El poeta miró fieramente a sus comensales.

—¿Por que dirán esa tontería? ¿Se estarán burlando de mí?

Pero todos estaban petrificados, como si sobre sus cabezas hubiese pasado una ráfaga de ultratumba,

Al cabo, cuando ya había conseguido hacerse servir los menudillos, se le acercó un señor, indeciso y medroso, y después de olfatearle atentamente, exclamó con un gesto de extrañeza:

—¡Es singular, amigos! ¡Cómo huele a cadaverina este caballero!

GARCÍN, FOLICULARIO

—Amigo Rojas, el triunfo va coronando mi lucha. Estoy admitido en *El Irreconciliable*. Cuando necesites algo, ven a mí y yo te protegeré.

El Irreconciliable era un gaceta demagógica y clerófoba que vivía gracias a una subvención de! *fondo de reptiles*. El director era un señor altisonante, enfático y calvo, que hablaba siempre en artículo de fondo; miraba a sus míseros folicularios desde el Olimpo, y cuando se dignaba descender de su divina mansión era para lanzar rayos y centellas contra Pelaez, el reporter de sucesos, cuando «le pisaban» un crimen, o contra Cretino, el reporter político, cuando se enteraba al revés de las noticias, lo que solía pasar diariamente. Por su oratoria ampulosa y su humor arbitrario, sus siervos le habían obsequiado con el remoquete de «Júpiter».

Al escribir el nombre de *El Irreconciliable* una figura surge de los mágicos cristales de la memoria. Permítaseme hacer un paréntesis en las aventuras de nuestro intrépido amigo Garcín de Tudela, para dedicar un recuerdo sentimental, grotesco y macabro al gran Pedro Barral.

Lea este capítulo, como el *Canto a Teresa* de Espronceda, el lector que quiera puede leerlo: al que le interese principalmente la pintoresca catadura y las andanzas de Garcín que lo pase por alto, porque en realidad no es un episodio de esta verídica historia. Es sólo una expansión del novelista que se complace en trazar la silueta de un antiguo cofrade a quien ya no volverá a encontrar nunca en las encrucijadas de la mala vida.

Es una caricatura al par que una elegía.

Pedro Barral era un absurdo personaje a quien el aguardiente dictaba discursos truculentos y versos demoniacos que él recitaba a veces en el antro de las tabernas o ante la florida gallofa en el cafetín del *Manco* o en el de la Esgrima, a la hora fantasmal del amanecer.

Barral era un pobre hombre y un poeta terrible. A otro poeta, Alberto Lozano, blondo, principesco y moribundo, le decía una noche que ambos tenían el espíritu iluminado por la llama azulenca de alcohol:

—Cuando tú te mueras, pienso hacerme una preciosa petaca con tu pellejo.

Barral gustaba, como ven, de amables y delicadas ironías.

Cierta vez que madrigalizábamos en un café de barrio, al oido de una gentil amiga nuestra, se nos apareció Barral envuelto en un macferland roído y pardo, tocado con un amplio chambergo; esquelético, descoyuntado. Sus ojos de buho miraban forforescentes y la gran nariz caía sobre la boca cínica y deshuesada, que plasmaba una risa clásica de fauno. Se nos anunció con un crepitante crujir de mandíbulas.

—¿Ha visto usted qué hombres? ¿Ha visto usted qué admirables asesinos?

Mi damisela estaba horrorizada. Yo, más avisado y conociendo su obsesión, repuse sonriendo:

—¿Qué hombres, querido Barral?

—¡Quiénes han de ser! ¡Los hombres más grandes de este siglo! ¡Aldije y Muñoz Lopera!

Creí que mi compañera se iba a desmayar. La tertulia de comerciantes de la

mesa contigua cesó de hablar de sus garbanzos y de su hbro mayor y todos nos miraban estupefactos.

Barral sacó un puñado de cuartillas y comenzó a leer cavernosamente.

Soy el terrible Muñoz,
el asesino feróz
que nunca se encuentra inerme
y soy capaz de comerme
cadáveres en arroz

Después hizo rechinar todos los huesos de un esqueleto como infernal estribillo de su poena:

Moriste con valor inenarrable
porque tú eras inmenso, oh, miserable.

Entonces se produjo un cataclismo en el establecimiento. Todos los parroquianos protestaban, con gran fracaso de cucharas y cristalería; aulló agoreramente el encargado del mostrador; calló el piano y el violín se desconcertó en estridencias chirriantes y gatunas. Barral fué expulsado por el concurso, poseído de un terror supersticioso y milenario.

Muchas veces le he encontrado vagando por el arroyo, roto, doliente, roido por la miseria. Iba sin norte y sin alma, sus macabrerías grotescas eran una careta para divertir o espantar a los pazguatos. En lo hondo llevaba el dolor de su fracaso, de su vida vacía y anulada, de su trágica y cotidiana renunciación. El sentía amargamente sus lacras, su prematura vejez y su catadura burlesca de polichinela destrozado. Y comprendía la contrafortuna de sus sueños de gloria y el hórrido presente, ruín y triste, aherrojado a la pobreza que le conducía a veces a los aposentos del palacio de la Moncloa, a purgar deslices de pluma que cometieron otros. Por un irrisorio puñado de calderilla era esa cosa triste que se llama el testaferro, el *hombre de paja*.

A Barral le perjudicó mucho su ternura por el alcohol; llevaba siempre un frasco con aguardiente en el bolsillo. Sostuvo la leyenda de que el vaso es un inspirador de arte. Poé, Bandelaire, Verlaine, los excelsos borrachos, fueron los modelos que imitó. Nosotros creemos que ese amargo refugio del dolor anula, pulveriza los mejores temperamentos artísticos y que Poe, Verlaine y Bandelaire fueron geniales, no por el alcohol, sino a pesar del alcohol.

El quiso ser un hombre terrible, un aguafiestas y ahuecaba la voz y nos hablaba cavernosamente de los gusanos, de la fosa común, de libaciones en cráneos de ajusticiados y de los amores del verdugo.

Y un día cayó obscuramente en el misterio. Ni loas ni recuerdos. Cuatro tópicos de prosa periodística.

Ya nunca hemos de hablar su larga y descoyuntada silueta en una calle solitaria, ni oiremos crujir sus mandíbulas para preparar convenientemente su obsesionante y fúnebre salmodia.

—¿Ha visto usted qué inmensos asesinos los del *Huerto del Francés*? Aldije y Lopera han sido los hombres más grandes de este siglo.

¡Hombre absurdo y visionario! Que la tierra del cementerio sirva de suave cabezal a tu calva grotesca y dolorosa...

*
* *

La primera noche que fué a la redacción Garcín, mandó traer un café con dos medias tostadas. Después se echó a dormir en un diván y no despertó hasta que llegó el mozo a cobrar. Garcín le envió al administrador que opinó que aquel acto audaz era un grave atentado contra la seriedad de la caja.

El luchador estaba encantado con su flamante menester. En aquella hoja sí que podría luchar y abrirse camino; el campo literario, el político, el sociológico esperaban sedientos la semilla de su verbo y de su pensamiento. Porque él haría una verdadera revolución; ya verían sus paisanos, los que se reían de sus melenas, qué portentoso genio había sido incubado entre tocino y chorizos riojanos por sus crasos y hospederiles progenitores.

Y se paseaba nervioso, a grandes trancos, por la gran sala de *El Irreconciliable*, hundiéndose las manos en las profusas y negras guedejas.

Pero la voz tonante de Júpiter solía truncar sus fiebres de grandezas trayéndole de un furioso tirón a la menguada realidad.

—Señor Garcín, entiendo yo que esa violenta gimnasia que está usted verificando quebranta la compostura debida en mi presencia, y, a mayor abundamiento, estímo que debe usted emplear su mentalidad en inflar este telegrama.

Pero, a pesar de tan grotesca e inflada exhortación, Garcín, seguía dando suelta a la loca devanadera de su fantasía.

Una noche estuvo a punto de reventar de orgullo. «Júpiter» le encargó que hiciera el artículo de fondo. Garcín cogió un gran puñado de cuartillas, todos los periódicos del dia y envió al ordenanza a avisar un café y un paquete de susinis; después se encerró en un cuarto para abtraerse mejor, y sobre todo huyendo de Cretino, que siempre le gastaba bromitas a propósito de sus melenas merovingias.

Encendió un pitillo y entre el humo azul, la imaginación del mozo emprendió una loca carrera por los derroteros de lo maravilloso.

Por fin había llegado el momento solemne; al día siguiente, en los cafés, en las aceras, en los ministerios, la turba asombrada se preguntaría: ¿Quién será el gran hombre que ha hecho hoy el fondo de *El Irreconciliable*? ¡Vaya una puñalada para el régimen!

Seguramente el Gobierno comprendería la gravedad del caso y mandaría acuartelar las tropas y enarenar las calles... Habría gran revuelo en los círculos revolucionarios; el presidente del Consejo le mandaría llamar y la monarquía se tambalearía gravemente.

¡Oh, qué gran artículo iba a hacer; vibrante, jacobino, lleno de imágenes cortantes como guillotinas, corrosivo y demoledor!

Y hasta es posible que los jesuítas quisieran comprar su pluma, que le ofrecerían un alto cargo o pretendiesen casarle con una rica heredera. Pero él no se vendería; Garcín de Tudela, el luchador, llevaba en su sangre semillas garibaldinas y en su alma latigazos heróicos de convencional.

Todos los diarios extranjeros le pedirían su retrato con un autógrafo, recibiría billetes perfumados de las estrellas galantes, y en las calles, en las plazas, los transeuntes se descubrirían exclamando: ¡Ahí va el gran pastor de multitudes, el verbo de la democracia, el inmenso Garcín de Tudela, el luchador!

Y en la fiebre creadora, fumaba pitillo tras pitillo, mordía rabiosamente el mango de la pluma y se comía las uñas, pero las cuartillas conservaban su irritante virginidad.

A cabo de seis horas, y a punto de cerrar la edición, la voz augusta de «Júpiter» rompió el cristal encantado de su ensimismamiento.

—¡Pero hombre, que la imprenta está esperando las cuartillas!

El pobre Garcín, confuso, aturdido, como quien despierta de una pesadilla, presentó temerosamente su labor de toda la noche. Después del título, solo había escrito una frase, esta hermosa, paradójica y definitiva frase que ha quedado como clásica y que el mismo Cretino no hubiera tenido inconveniente en firmar:

«Todas las fuerzas vivas del país están muertas.»

Cuando su cofrade Rojas vino a buscarle para que le invitase a tomar chocolate con buñuelos, Garcin de Tudela, repuesto del susto, tornó a unir los hilos de su lucubración, y exclamó solemnemente con su gesto bizarro y super-mortal!

—¡Ah, querido Rojas! ¡Qué artículo más maravilloso, más estupendo... he estado a punto de escribir esta noche!

* * *

Como tomar café con dos tostadas y dormir en los divanes no eran cosas de gran utilidad para el periódico, Pélaez, el gran husmeador de sucesos, y Cretino el famoso hinchador de telefonemas, urdieron una conjuración contra el poeta.

El mismo «Jupiter» iba creyendo que el orgulloso Garcín no tenía madera de periodista.

—¿Ha hecho usted la información del Senado, señor Garcín?

—¡Bah! ¡El Senado! ¿Y qué iba yo a hacer en el Senado?—respondía con voz atiplada y petulante—. ¡Qué me importan a mí las tonterías que dicen en el Senado! Yo me he ido a la Moncloa a ver la puesta del Sol.

Además Rojas solía ir todas las tardes a visitar a Garcín y se llevaba los libros, las cuartillas y los tarros de goma, cosa que impedía a Peláez pegar los recortes de sucesos. Al poco tiempo, el administrador hubo de quejarse seriamente del exorbitante gastos de obleas que venía notando, con grave quebranto del presupuesto mensual.

—Es que se las come el señor Rojas—arguyó el malicioso Cretino.

El día último del mes, ante todo el cuerpo de redacción, «Júpiter» habló así, con gran asombro de Garcín, y perverso regocijo de sus camaradas:

—Considerando que don Garcín de Tudela sólo viene al periódico a tomar café con tostada, considerando que su amigo, el señor Rojas, hurta los libros y se come las obleas, resultando que sus «Mariposuelas» no son una literatura bastante revolucionaria, resultando que sus melenas le dan un aspecto retrógrado, impropio de un periodista radical, hemos decidido que el señor Garcín deje de pertenecer a *El Irreconciliable*, aunque, para evitar que fallezca de frío y de inanición en un quicio de esta noble villa, se ha echado un guante para embarcar y remitir a la suculenta cocina paterna al muy alto y valeroso Garcín de Tudela el luchador.

Y la mano augusta del farragoso director le hizo entrega de cincuenta y cuatro pesetas, la suma fabulosa, resultado de la colecta.

El pobre Garcín, viendo que trataban de embarcarle como un fardo, exclamó ingenuamente llorando a lágrima viva:

—Pero, ¿qué voy a decir en mi provincia, cuando vean que vuelvo sin haber luchado?

Aquella noche la pasó lleno de tristes ansiedades: pero su compañero Rojas, pillastre redomado y filósofo escéptico, le hizo comprender que una buena cena es muy eficaz para curar el mal de la melancolía, y que en el fondo del vaso está el dulce talismán del olvido. Efectivamente, a la madrugada, los dos poetas, bastante bien comidos y bien bebidos, fueron a buscar reposo entre los brazos propicios de unas mozas placenteras.

Cuatro días más tarde, cuando lós noticieros de *El Irreconciliable* le creían gozando de los suculentos aromas del fogón familiar, Garcín apareció por las puertas del periódico, más roto, más absurdo, más desvencijado que nunca. Cruzó la sala, saludó con la mayor naturalidad y se tumbó a dormir en el diván como de costumbre.

EL SEÑOR MONTELEÓN EQUILIBRISTA

Apenas entró Garcín en el fementido bodegón, oyó una voz ronca de alcohólico, que le llamaba desde uno de los ángulos.

—¡Garcin! ¡Eh, Garcín! ¿Quiere usted una copa de vino?

Era el señor Monteleón un extraño personaje a quien había visto algunas veces en el periódico. Su vanidad se sintió un poco mortificada porque aquel individuo le hubiese encontrado en tal zahurda; donde solo iban a comer mendigos, proxenetas y literatos sin fortuna.

—Ese diablo de Rojas, ¿por qué me habrá citado en este lugar indigno de un poeta?—Y luego, agregó, queriendo justificar su presencia en tan fementido paraje—: Yo, ya vé usted, he venido aquí por casualidad...

Pero el señor Monteleón le interrumpió con una risilla socarrona:

—Sí, es realmente por casualidad que nosotros podamos comer.

Garcín se sintió un poco apabullado; más para desmentir a su cínico camarada, al sentarse, hizo sonar escandalosamente las únicas dos monedas de cinco pesetas que poseía.

—¡Nosotros, los ácratas, debemos cantar «La Internacional» con violines hechos de tripa de burgués! ¡Nosotros realizaremos las teorías de Bakounine y Kropotkine! ¡A luchar, compañeros! ¿Queréis que vayamos ahora mismo a asaltar el Ministerio de la Gobernación?

Los dos hombrecillos terribles y barbudos le obsequiaron con una ovación delirante.

—Pero ¿qué le pasa esta noche al señor Garcín?—preguntó, alarmada, la galaica jamona.

Rojas, que había acudido a aquella pirotecnia revolucionaria, exclamó muy compungido:

—¡Está muy grave, mujer, está muy grave! ¡Se le han indigestado las traducciones de la Biblioteca [illegible]

—¡Qué sabes tú de esto, desgraciado!—le repuso Garcín, mirándole desde su nube—. ¡La humanidad futura tendrá que venerarme, entre otras grandes cosas, por haberla libertado de los grilletes y por legarla un portentoso libro de poesías cortas, titulado «Mariposuelas».

—¡Viva el gran libertador!—gritó frenéticamente Terranova.

—¡Viva el autor de las «Mariposuelas»!

—¡Viva el esforzado luchador!—aulló Quijada—. ¡Viva el gran Garcín de Tudela, que es la cabeza de la hidra.

EL ANARQUISTA DE LA SOMBRERERA

Algunos días después de su triunfo oratorio, nuestro héroe se paseaba por las calles del centro, gozando de la tibia temperatura de la mañana y del regocijo dominical.

Como era primavera, las mujeres iban vestidas con trajes claros, brillaban al sol las sombrillas como flores enormes; los covachuelistas se regodeaban en el asueto e iban por las calles los horteras, con su puro de a quince y vestidos de fiesta, sueltos, por enmedio del arroyo, cosa que constituía un serio peligro para los pacíficos transeuntes.

En la Puerta del Sol se apiñaba un enorme gentío, los balcones estaban atestados de curiosos, y en medio de la plaza los soldados formaban la carrera, abrumados por el peso de la mochila, mientras los oficiales de Estado Mayor se lucían delante de las damas, haciendo corvetear a sus caballos.

Garcín preguntó a un guardia la causa de aquel aparato.

—Es que va a pasar la familia real, que vuelve de la jura de la bandera.

El luchador hizo un gesto desdeñoso y se alejó pronunciando la [illegible] que sonaba muy bien en sus oídos de demagogo.

—Es lógico que el pueblo tenga interés en ver a sus monarcas, porque es el espectáculo que más caro la cuesta.

Y se perdió entre la jovial y apretada muchedumbre, cuyo clamoroso vocerío se alzaba como un largo rumor de mar. Cuando estaba ingenuamente intrigado en mirar a las mujeres, en ver el brillo del sol en las bruñidas bayonetas o en admirar la áurea bola de Gobernación, se sintió asido violentamente por el brazo.

—¡Salud, compañero Garcín!

Al volverse se halló con sus camaradas de hospedería, los traspillados y barbudos anarquistas. El compañero Terranova, inmensamente pálido, con los ojos sangrientos y desorbitados, miraba recelosamente a todas partes, apretando contra su pecho una sombrerera. Su cofrade, el terrible Quijada, con muestras de igual azoramiento, le habló al oído misteriosamente.

—¡Ha llegado la hora, compañero!

Y antes de que Garcín pudiese impedirlo, el compañero Terranova depositó en sus manos temblorosas la misteriosa sombrerera.

—Pero ¿qué es lo que hay dentro de esta caja?—balbuceó el poeta.

—¡¡Una bomba!!—respondieron a dúo ambos desarrapados camaradas.

Garcín estuvo a punto de desmayarse; pasó una nube roja por sus ojos; y [illegible]

piernas temblequeaban de terror. Al recobrarse, los compañeros Quijada y Terranova habían desaparecido.

El compromiso era tremendo. ¿Qué iba él a hacer de aquella máquina infernal que un azar terrible había puesto en sus manos? Porque, llegada la hora de la acción, el fiero Garcín de Tudela sentía que le faltaban arranques para lanzar el explosivo.

—¿Por qué habré yo dicho todas aquellas tonterías? ¡Si yo no soy capaz más que de escribir mis «Mariposuelas»!

Y el luchador lloraba desesperadamente. Los curiosos que estaban junto a él habían notado su agitación y le miraban con extrañeza, agarrotando más su corazón angustiado.

—Y, además, dentro de un instante va a pasar el rey, y si un policía se fija en mí y me detiene... ¡Qué horror, Dios mío; no quiero pensarlo!

Y sintió en sus espaldas el helado latigazo del pavor.

Penosamente fué abriéndose paso entre la turba, evitando que nadie tropezase con la terrible caja. Ya en la calle del Carmen, emprendió una loca carrera gimiendo, gesticulando, mesándose las largas melenas merovingias.

—¿Cómo estará construído este aparato? ¿Será una bomba de inversión, o la mecha va quemándose poco a poco e irá a estallar en mis propias manos?

Cuando llegó al café de Varela tuvo una idea salvadora. Se sentó en un rincón solitario y pidió un ajenjo. Mientras descansaba, se entretuvo en examinar la caja perturbadora, que pesaba bastante y estaba rodeada de gruesos alambres entrelazados.

Al alzar los ojos vió a un hombre huraño, con facha de esbirro, que le contemplaba fijamente desde la ventana. Garcín creyó reconocer a uno de los que le miraban inquietadores en la Puerta del Sol.

—¿Será un vigilante y me habrá venido siguiendo?

Y sus mandíbulas se agitaron en un macabro castañeteo. Pero el supuesto esbirro se cansó de husmear y desapareció.

Al cabo de media hora de horrible incertidumbre, en que los rumores de la calle, el ruido de la vajilla y los latidos de su propio corazón le parecía que sonaban dentro de la caja, Garcín la puso con cuidado en el suelo, procurando ocultarla, y corrió como una bala hacia la calle.

Libre del artefacto, respiró a pleno pulmón; pero a los pocos pasos oyó la voz del camarero, que corría tras él:

—¡Eh, señorito, que se había usted dejado olvidada la sombrerera!

No hubo más remedio que disimular y volver a cargar con el siniestro bagaje.

—Pero, Dios mío, ¿estará escrito que yo muera en la flor de la edad, conservando inéditas mis «Mariposuelas»?

Siguió por la calle Ancha, sin saber qué resolución tomar, cuando oyó una voz agria que le llamaba desde el centro de la vía.

—¡Eh, don Garcín! ¡Ya era hora que le echase a usted la vista encima!

Y se le aproximó un personaje achulapado, brutal y grosero, accionando con un formidable rotén de hierro.

—¡Cuidado que tiene usted poca!... ¡Los he visto frescos, pero usted es una lechuga!

—¡Hombre... Fernández!...—repuso Garcín, azorado—. No he podido ir a pagarle esas tres pesetas porque...

—Le digo que es usted de «pronóstico»... ¡Lo que no ha tenido usted es voluntad! Y el exasperado acreedor, al accionar con el bastón, golpeaba la peligrosa sombrerera.

—¡Usted me alivia ahora las tres del ala, o vamos a pagar los dos un juicio!...

—¡Mire usted; ahora yo no llevo dinero encima; vengo de hacer esta compra... Pero, en fin, si quiere usted quedarse con esto como garantía...—Y le ofrecía la caja, instándole mucho a que se la llevase como rehenes de la deuda.

En el primer punto de coches, Garcín tomó un simón.

—¿A dónde vamos, mi amo?

—A donde usted quiera... es decir... Lléveme usteu a la plaza de Oriente.

Y mientras rodaba el destartalado vehículo, Garcín sentía fieros resquemores en la conciencia.

—¿Qué es lo que voy a hacer? ¡Este pobre cochero será, quizá, un honrado padre de familia, y dentro de poco va a volar con el coche y con el jamelgo a la altura de los tejados! ¡Soy un criminal, un criminal! Y se golpeaba el pecho con ambos puños. ¡Pero si no abandono la bomba en el coche, quien se convertirá en un inmundo montón de piltrafas dentro de poco voy a ser yo!

Así pasó otra media hora, hasta que el carruaje se detuvo frente a la estatua de doña Berenguela. Garcín descendió, pagó la carrera, y el automedonte echando una ojeada al interior, le gritó cuando el poeta comenzaba a subir los tres escalones de piedra:

—¡Pero, caballero, que se deja usted el paquete en el coche!

Otra vez había fracasado. Indudablemente, aquel cochero tenía un hada madrina; en aquella ocasión no se quedaban huérfanos sus hijos.

Desesperado, molido, loco de pavura, pensó en rendirse en un banco a la buena casualidad. La plazoleta estaba poco concurrida; ideó un último recurso miró a todos lados; a lo lejos se veía una pareja de guardias que avanzaban tardamente. Esperaría un poco aún. Su corazón golpeaba como los mazos de un batán.

¡Por fin, en un instante de completa soledad, depositó el fúnebre y alambrado envoltorio debajo del banco. Después echó a andar, sin volver el rostro, muy de prisa, muy de prisa.

Pasó toda la tarde en el rincón penumbroso do un café solitario, estremeciéndose de terror cada vez que se abría la puerta.

—¡A estas horas ya me estará buscando toda la policía de España! La plaza de Oriente estará convertida en un mar de sangre y de despojos humanos!

Y su fantasía espoleada se fingía el cuadro terrible de la explosión, los ayes de las víctimas, los arroyos de sangre. Después, su probable captura, el calabozo de la prisión, la capilla, el inmediato fusilamiento...

Era anochecido. Los vendedores de periódicos pasaban corriendo, con gran tumulto. Algo grave debía haber ocurrido, porque los transeuntes se apresuraban a comprar las hojas. Garcín adquirió *El Irreconciliable*; en efecto, en primera plana, con gruesas titulares, leyó, lleno de espanto el corazón.

«Los crímenes del terrorismo.

Hallazgo de una máquina infernal.»

Cretino había hinchado extraordinariamente el suceso. Hablaba de una vasta conspiración; afirmaba que la misma mano criminal de todos los atentados recientes era la que aquella tarde había depositado la bomba junto a la estatua de doña Berenguela.

—«...Afortunadamente, la máquina no ha producido más que ligeros desperfectos en el pedestal de la estatua y en un banco inmediato. Han declarada un mozo de café, un cochero y otros testigos. Se sabe que momentos antes de volver el rey de la jura, un joven con melenas y sombrero puntiagudo se paseaba por la Puerta del Sol con un bulto sospechoso. La policía ha encontrado una pista segura, y se cree que esta misma noche será detenido el anarquista de la sombrerera.»

El pobre Garcín se consideraba perdido. Lo primero que pensó fué en cortarse las melenas; gran pena le costaba desprenderse del lirico airón, pero en aquellos instantes podía perderle su apendice merovingio.

Después intentaría tomar el tren y volvería a refugiarse en el rincón más obscuro de la cocina familiar.

Pero antes de partir de este terrible Madrid, el luchador quiso despedirse de su amada, de la angelical Palmira, la única mujer capaz de comprender sus «Ma-

riposuelas». ¡Oh, gran fuerza del amor, que se antepone a todos los peligros y aún a la misma muerte!

Llegó a la casa, subió anhelosamente la escalera, tiró del picaporte y entró. Todo yacía en silencio, y sombra en el hostal, cual si estuviera deshabitado.

—¿Llegará mi desgracia a negarme el consuelo de despedirme de ella?

De súbito oyó rumor de voces en su propia habitación. En el sofá se destacaban vagamente dos sombras enlazadas; al aproximarse, en el silencio del gabinete sonó un magnífico beso, ardiente y prolongado. El bravo Garcín de Tudela creyó volverse loco. Su novia ideal, la angelical Palmira, se desvanecía de felicidad bajo las barbas del sátiro del señor Raventós, el catalán del cráneo de avestruz, el grosero marchante de calcetines.

FIGURAOS QUE UNA NOCHE...

En la paz provinciana, dulce y sedante, se fueron cicatrizando las heridas de su alma y de su vanidad. Poco a poco fué recobrando su aire de olímpica petulancia y le fueron creciendo las caracoleadas melenas merovingias.

Al arribar de sus andanzas lamentables se pasó un mes entero en la cama, molido el espiritu y bataneado el cuerpo. Pero nunca confesó sus desastres, y achacó su retorno a la pícara neurastenia, que, en unión de la vida de constantes placeres de la corte, habían quebrantado su delicada complexión de artista.

—¡Oh, aquellos días eran una carrera desenfrenada de delicias enervadoras!

Pero no tuvo más remedio que claudicar y servir de ayuda a su padre en la confección de frituras, cata de salsas y buen arreglo de la contabilidad del bodegón.

Algunas veces acariciaba la idea de una segunda salida. Solía sucederle esto después de una cena sólida y respetable, cuando el vinillo rojo y ardiente suscita las más locas aventuras y nos habla al oido de los más temerarios proyectos. Entonces sacaba el cuaderno manuscrito de sus poesías y lo repasaba melancólicamente al resplandor del fogaril. Después apoyaba la frente en la diestra y soñaba con las fascinadoras lejanías del triunfo, en el hervidero cortesano.

—¡Ya, ya volveré otra vez a luchar! ¡Y veremos si entonces no les meto mis «Mariposuelas».

Algunas noches se iba al Casino a leer la prensa de Madrid. Y cuando los socios no habían organizado las partidas de tresillo o de carambolas, para matar el aburrimiento, le invitaban, entre curiosos y zumbones, a que relatase alguna de sus aventuras maravillosas.

Garcin, muy satisfecho con tal demanda, se sentaba en el centro del corro, cruzaba las piernas, encendía la pipa, entornaba los ojos, y, con una fantasía digna de su padre espiritual, el famoso Tartarín de Tarascón, cuando hablaba del desierto de Sahara, comenzaba su relato hunciéndose la mano en la profusa maraña de sus melenas.

—Figuraos, que una noche después de haber cenado en la Bombilla con doña

Emilio Carrere

GUIA DEL COMPRADOR

LA CASA QUE MÁS BARATO VENDE

MARTINEZ, H.NOS

ALMACEN DE MATERIAL ELECTRICO

MADRID Teléfono M-5087. Fuencarral, 12.

¡¡EUREKA!!



CALZADO WALK-OVER

Nicolás M.ª Rivero, 11. Madrid

SEÑORAS

Usad el añil perfumado marca

MARY

en droguerías y cacharrerías

Evita el dolor de muelas

ALCOHOLATO

ELIXIR DENTÍFRICO

Perfuma el aliento

Alcoholera, Carmen 10

MUEBLES

de lujo y económicos.

Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.

CASA SOTOCA

Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39) Hay guardamuebles.

Fotografía **BIEDMA**

CALLE DE ALCALA, 23

Teléf. M-730.-Hay ascensor.

Treinta años. A esta edad, si no ha salido, pronto saldrá la primera cana; no debéis descuidaros, usad enseguida el agua **La Flor de Oro** y evitaréis las canas, la caspa y la caida del cabello, conservándolo abundante y hermoso como en la edad juvenil.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

FRINÉ

NÚMEROS ATRASADOS
PRECIO: 15 CÉNTIMOS

DIRIGIRSE A LOS CORRESPONSALES

Núm. 1.-Arte de no envejecer.
Núm. 2.-La mujer en el hogar.
Núm. 3.-La belleza de los ojos.
Núm. 4.-Los perfumes.
Núm. 5.-Los matrimonios.
Núm. 6.-La moda según el tipo.
Núm. 7.-La belleza de las manos.
Núm. 8.-La belleza de la boca.
Núm. 9.-Los bailes.
Núm. 10.-Las joyas.
Núm. 11.-Las ropas.
Núm. 12.-Modo de ordenar la casa.
Núm. 13.-Los peinados.
Núm. 14.-Educación de las jóvenes.
Núm. 15.-Las visitas.
Núm. 16.-La belleza del pie.
Núm. 17.-La belleza de la linea.

ES CÓMODO

para el comprador saber el precio de lo que desea comprar, y no tener que preguntar a los dependientes, que muchas veces juzgan al cliente según va vestido; por esto el **Palacio u Hotel de Ventas, Atocha, 34,** pone los precios en cada artículo, y el que quiere compra, y el que no lo hace un día vuelve otro, en la seguridad de que es la Casa que más barato vende.

La novela TEATRAL

publicará mañana domingo

La tierra del Sol

Revista en un acto, de

PERRIN Y PALACIOS

DIEZ céntimos

LOS ANIMALES



Esta instructiva colección infantil, en la que se describen de una manera detallada y amena, las costumbres de las fieras y animales salvajes, se divide en

32 CUADERNOS

primorosamente editados, con bellas portadas en tricolor, consagrando cada uno de ellos a un animal diferente, a saber:

Núm. 1.—León.
» 2.—Mono.
» 3.—Elefante.
» 4.—Tigre.
» 5.—Aguila.
» 6.—Cocodrilo.
» 7.—Dromedario.
» 8.—Avestruz.
» 9.—Oso.
» 10.—Ciervo.
» 11.—Canguro.

Núm. 12.—Lobo.
» 13.—Serpiente.
» 14.—Gato montés.
» 15.—Bisonte.
» 16.—Foca.
» 17.—Caballo.
» 18.—Perro.
» 19.—Hipopótamo.
» 20.—Gama.
» 21.—Rinoceronte.
» 22.—Tortuga.

Núm. 23.—Rata.
» 24.—Rana.
» 25.—Pingüino.
» 26.—Lagarto.
» 27.—Murciélago.
» 28.—Hormiga.
» 29.—Leopardo.
» 30.—Hiena.
» 31.—Abeja.
» 32.—Ballena.

Precio del cuaderno: 20 céntimos
NO SE ACEPTA EL PAGO EN SELLOS

PIDANSE A CORRESPONSALES Y A ESTA ADMINISTRACION, CALVO ASENSIO, 3.-MADRID

Oficinas y Talleres de PRENSA POPULAR propietaria de La Novela Corta, La Novela Teatral y Prensa.—Antonio Palomino, 1, y Calvo Asensio, 3. Madrid.